

G. Aresti: lectura discontinua

por Juan F. Villar Dégano

textos selecciona-

A veces escribir poesía puede convertirse en testimonio de un presente y en premonición de un futuro. El poeta entonces se vuelve sujeto épico, narrador o gritador, en Aresti las dos cosas; y a garganta herida unos días, con ritmo de salmodia otros, va desgranando recuerdos y sentimientos: *Harri eta herri*. Un poemario dramático, un aguafuerte de desgarrada y fascinante naturaleza pictórica escenas y cuadros de un film incompleto por el expreso deseo de su autor, Incompleto, pero altamente significativo. Una historia y un proyecto mesiánico para el vascuence y la justicia, para Bilbao y sus gentes. ¡Cuántas correspondencias con León Felipe en esta obra, salvando el localismo! : el tono, las afirmaciones rotundas, la amargura del verbo, la palabra tremolante, el hombre y el superhombre. (Aresti lector también al parecer de Nietzsche y de Eliot, pero sin duda alguna de Celaya y de Nora, de Cremer y de Ángela Figuera, unidos todos al “poeta del éxodo y del llanto”). “*Beti paratuko naiz/ gizo naren alde. / Gilen/ Anton*”: “*Siempre me pondré/ al lado del hombre./ Guillermo/ Antonio*” “*Ezer ez nait, ez nait ezer, ezpada/ naizena*”: “*Yo no soy nada, nada soy sino/ lo que soy*” (1); o el “*Bilboko erdal poeterik telegrama*” y su continuación “*Entzun nahi didanari...*” (2) El hombre y la justicia: la utopía, pero “*Halaxen da mundua,/ eta gaur egunean/ inor ezta profeta bere mendean*” (3). Así es, cuesta ir por el mundo de profeta, y más de poeta profeta, aunque se sea un agónico, un loco soñador, luchador de palabras... Aresti poeta testimonial, Aresti poeta dialéctico, poeta de Bilbao, urbano, portuario, terruñoangustiado, irónicodepresivo, que se cuelga de su yo como de algo irrenunciable, de su poesía, porque su yo es poesía. Diálogos consigo mismo, premoniciones como en el poema “*Nire izena*” (4). Sin querer se recalca en Vallejo: “*Me moriré en París con aguacero...*” (5) Quedan ecos, perfumes, tactos de voces conocidas, dialogantes todas, cultivadoras del yo. Pero ese intransferible lírico, ese yo petulante de Aresti, se vuelve a ratos colectivo, a ratos decididamente propio: autobiográfico, con un inconfundible sabor a piedra, a cieno, a galerna y a corteza de roble dulce: “*¿Nola diot inori esplikatu/ fruten parabola,/ iharrik badago/ Gernikako-ARBOLA?*.” “*¿Cómo podré explicar a nadie/ la parábola de los frutos; / si ya está seco/ el árbol de Guernica?*”



A veces escribir poesía puede convertirse en un oficio de tejedor de redes. ¿Para pájaros o para peces? Yo diría que para unas regiones míticas hechas símbolo, o mejor aún para apresar sinfonías de notas, versículos errantes de costumbres, paisajes whitmanianos..., procesiones de imágenes decididamente bíblicas: Maldan Behera: “*Hemen dadukazu basurde izugarria,/ beraren ondo an orein maitagarra,/ erbia, galaperra, azerri, maltzurra./ Zuhaitzetik ere hartu dugu frutua:/ Nertxika gozoa, laranja doratua,/ sagarra, madaria, masustata intzaurra*”. (6) Y así en este libro se entrecruzan a ráfagas, a ramalazos, el color de la música con la lírica, doncella ahogada por la constelación de las alegorías, perdida en un extraño país lleno de susurros ancestrales, primitivos, dolménicos, pastoriles y también callejeros de esquina y campanario, de muelle y astillero, en un intento de encontrar la gran parábola de la tribu. Cuando se corta el canto, que es la progresión heroica del bardo, aparece de nuevo la

canción del poeta, un Aresti reflexivo y melancólico, inmerso en la tradición clásica: “*Nire atzean nenkusan nik/ errauts mehea bakarrik:/ Hondamen dia, bakarte nardagarria, basorik/ deseginena/ hondatuena,/ agertzen zen edonundik.*” (7) *Maldan Behera* es una obra de intermitencias: el poeta y el bardo (Existe un matiz). Leyendas, brillo, fugaces arrancadas, y, de pronto, “*Zer eginen zenuhe zuk/ hegartzina bazi na?*” (8).

Uno se pregunta por estos cambios, por la necesidad de la retórica, por ese políptico alternante que llena tus ojos con escenas de un paraíso ingenuo, con Jesús caminando por las aguas al encuentro de unas Bodas de Caná bajo la arboleda perdida, con la torre de la iglesia asomando y niebla en los ribazos... Un extraño patetismo se apodera entonces del lector, preso en las redes que el poeta le ha tendido: Serpientes y demonios, santos y simios, María y Magdalena, Jesús y Bafomet, robledas y helechales, un conglomerado barroco: el sacrificio ritual de un alma sensible y embriagada a la vez, por dotar a un lenguaje de una rara veta desconocida. La retórica era necesaria: “*Antxinatikan gizona,/ arrenoaren alde./ Gizonak bitinak hiltzen,/ eta arranoak jaten./ Entzun ditugun pronuak/ izan dira debalde*”: “*Desde siempre el hombre y el águila unidos/ Mata éste a sus víctimas/ y aquella las devora/ Nada nos han dicho los gritos que hemos oído*”

He hecho deliberadamente una lectura a la inversa. He ido de la ciudad al campo, de la hoja a la raíz, de la palabra al símbolo, de la tumba a la cuna. Y es que leyendo en el orden establecido, los “*Astepeko sekretarioaren bertso berriak* de *Harri eta Herri*”, me remiten de nuevo a los orígenes. Se cierra el círculo y el Ave Fénix renace de sus cenizas y, otra vez, ahora desde la sentencia, a los lugares perdidos: al sueño, a la memoria mítica... Pero en este momento del poeta, el jardín del Paraíso se ha convertido en un huerto, la escritura se ha hecho síntesis y el símbolo cósmico se ha vuelto personal. También el sacrificio se ha consumado: *Harri eta Herri* es la expiación, pero no la ruptura. Despojado de frondosidades, Aresti ha dejado al descubierto su almendra. La lucidez del hom-

bre ha salvado al poeta que escribe: “*Nire bitzitzaren kontaera/ kontatu nahi nuen./ Iparragirren boz ederrean/ kantatu nahi nuen*” (9); y un poco antes “*Orain mintzatzen naiz/ lehengo berso zaharrean;/ nola esplikatuko naiz/ nire euskera meharrean?*” (10).

Ciertamente la poesía de Aresti no era para peces ni para los pájaros, para los árboles ni para las estrellas. Escribía para los hombres de una geografía concreta. Y es posible que los lectores de más allá de Orduña, con su traducción en la mano, se queden meditando en estos versos:

*“Si alguien dice:
en mi casa no hay paz,
que busque la paz
en casa del vecino
o en los confines
del mundo pero si tuviera paz en su
/ casa,
que no busque la guerra
en parte alguna,
porque perderá
la paz y la casa/ por los confines del
/ mundo”*

NOTAS

(1) Todos los poemas pertenecen a *Harri eta Herri* y *Maldan Behera*.

(2) “Telegrama a los poetas castellanos de Bilbao”. “A quien me quiera escuchar”

(3) “*Así es el mundo, / y hoy en día/ nadie es profeta en su tiempo*”.

(4) “Mi nombre”

(5) “Piedra negra sobre una piedra blanca” en *Poemas humanos*.

(6) “*Aquí está el temible jabalí; / y aquí ves, junto a él, el manso ciervo; / la liebre, la perdiz, el falaz zorro... / Ante ti está también el fruto de los árboles:/ el dulce albaricoque, la rosa naranja, / la manzana, la pera, la nuez, la zarzamora.*”

(7) “*Tras de mí quedo/ la fina ceniza, / la soledad, la ruina, el más deshecho./ el más estéril/ de los bosques/ que existir pueda.*”

(8) “*... Si fueras pájaro,/ ¿qué harías tú?*”

(9) “*Quería contar la historia de mi vida, la quería cantar en la bella música de Iparragirre*”

(10) “*Ahora hablo en el viejo verso de antes. ¿Cómo podré explicarme en mi pobre vas - cence?*”



(Del número 0 de Zurgai “Extraordinario Gabriel Aresti” Mayo de 1984)